

mas sábios y mas santos; y que finalmente, si tolera los chistes ó equívocos en las conversaciones, no hace mas que reproducir el pensamiento del Rey San Luis, «doctor »sin duda digno de ser seguido en el arte de conducir »cortesianos á la piedad.» (1)

Pero, mas enérgica que estas respuestas de una moderacion tan edificante, la aprobacion de toda la Europa en favor de la nueva obra ahogó bien pronto la voz desaprobadora, y el santo Obispo, alentado por el bien que este escrito producía en las almas, meditó otros nuevos. Se propuso primero dar una segunda edicion, corregida y revisada, de lo que llamaba su *pobre librito*, aprovechándose de las advertencias del Obispo de Montpellier, y de todas las que pudo obtener despues de haberlas solicitado con instancias, sobre todo del Arzobispo de Vienne, al que habia prometido una perfecta docilidad y un reconocimiento mayor aún. Luego concibió el designio de escribir sobre el amor de Dios, para enseñar la práctica de él á los fieles; y sobre el modo de predicar para convertir á los herejes, refutando sus argumentos de un modo mas afectivo que especulativo, que fuera tan propio para consolar á los católicos como para vencer á los enemigos de la Iglesia. En fin, meditó la composicion de un calendario donde estuvieran espresadas las ocupaciones de las almas piadosas para cada semana del año.

Espuso todos estos planes al Arzobispo de Vienne (2), y este, gozoso con tales comunicaciones, le alentó á ejecutar unos proyectos tan útiles para la gloria de Dios y el bien de las almas, poniéndole de manifiesto los grandes frutos que resultarían de ellos (3). La esperanza de una nueva obra compuesta por una mano tan hábil, llenó de gozo á todos los amigos de la religion. Se hablaba de ello en todas partes, el elogio era repetido por todas las bocas,

(1) Prólogo del *Tratado del amor de Dios*.

(2) Carta CLXX.

(3) Carta CLXXI.

y en medio de este concierto de aplausos, el santo autor se humillaba cada vez mas.

«Ayer, escribe á la Señora de Chantal, di dos paseos, »con los ojos llenos de lágrimas al ver lo que soy y lo que »me estiman..... Quisiera que me conociéseis bien, entonces diriais: Hé aquí una caña sobre la cual quiere Dios »que me apoye; estoy firme porque Dios lo quiere, pero »sin embargo la caña no vale nada.» (1)

No era porque no sintiese á veces los ataques del amor propio, segun se deduce de estas palabras que dice en la misma carta: «No soy mas que vanidad;» pero practicaba lo que aconsejaba á los otros. «Burlaos, decia, de los pensamientos de vanagloria que se presenten en vuestras »buenas obras, y continuad sencillamente lo que haceis sin »examinar si habeis consentido ó no.» (2)

CAPITULO IX.

Francisco sufre algunas pruebas en su familia, reforma la abadia de Talloires y consagra á Mr. Camus Obispo de Belley.—Pasa intrépidamente por Ginebra, y es calumniado ante el Duque de Saboya.—Recibe la visita del Obispo de Belley.—Pierde á la Señora de Boissy.—Sus sentimientos al saber la muerte de Enrique IV.

(Año 1609.)

Si los aplausos de los hombres hubieran podido dar alguna satisfaccion á un corazon tan humilde como el del santo Obispo de Ginebra, hubieran sido duramente compensados con las pruebas de familia que tuvo que sufrir entonces á causa del interés, ese enemigo tan activo de la caridad entre los hombres, el cual se introdujo en la familia de Sales, hasta entonces tan estrecha-

(1) Carta CLXIII.

(2) Carta CLIX.

mente unida. El Señor de Boissy había espresado al morir su deseo de que todos sus bienes permanecieran indivisos, para determinar de este modo á sus numerosos hijos (1) á que viviesen todos juntos; al mismo tiempo había ordenado que caso de que quisieran separarse, haria la division el primogénito, en lugar de sortear los lotes: el mas joven podria elegir primero y los demás sucesivamente por orden de edad. Toda la familia se habia decidido por la division; pero el modo de sucesion indicado por el Señor de Boissy desagradó á algunos herederos, sobre todo á la mujer de Luis de Sales, y no quisieron conformarse con ella. Semejante disposicion afligió á Francisco en sus mas dulces afectos, cuales eran el respeto por la última voluntad de su padre, y el amor á la paz en el seno de su familia. Rogó á su hermano Luis no cediera á los consejos de su mujer, que se dejaba llevar mas activamente del espíritu de oposicion, y no perdonase nada para atraerla á sentimientos mas pacíficos. Este, siempre dócil á los consejos de su hermano, hizo comprender á su esposa que la paz en las familias es el mas precioso de todos los bienes; que lo que pretendia obtener no valdria ni la tranquilidad que iban á perder, ni sobre todo la dicha inestimable de la amistad de un santo como el Obispo de Ginebra. Estas razones triunfaron, la paz fué restablecida, el método de particiones del Señor de Boissy aceptado, y Bernardo de Sales, el menor de los hermanos, fué instituido Baron de Thorens y Señor de Sales (2).

La esposa de Luis de Sales no gozo mucho tiempo de la felicidad de la paz; un poco despues, la muerte la arrebató de este mundo. Francisco sintió su alma penetrada de dolor: la profunda afliccion que este accidente ocasionó á su hermano, las lágrimas de toda la familia que estaba inconsolable, las bellas cualidades de la difunta, á quien

(1) El Señor de Boissy tuvo trece hijos, seis de los cuales murieron de corta edad.

(2) De Cambis, t. II, p. 120.

él mismo habia casado siete años antes, la posicion de un tierno niño, Carlos Augusto de Sales (1), único fruto de este matrimonio, á quien una madre tan buena hubiera sido tan útil, en fin la pena del Baron de Cusy, su santo amigo, de quien era hija, todas estas circunstancias fueron como otros tantos dardos que le atravesaban el corazón. Felizmente su fe pudo mas que su dolor, depositó este al pié de la cruz, y levantándose lleno de ánimo, tuvo fuerzas para continuar los trabajos de su ministerio.

Habia entonces á ocho kilómetros de Annecy una antigua abadía de la órden de San Benito, muy célebre y pintorescamente situada sobre las orillas del lago de la ciudad; la abadía de Talloires.

Durante varios siglos, este monasterio habia sido conocido como un semillero de santos, y la edificacion de todo el país vecino. Pero hacia algun tiempo que la disciplina regular habia decaido, y no quedaba mas que un pequeño número de religiosos que, viviendo sin regla, disgustados de la soledad iban á distraer su disgusto en el mundo, donde perdian todo el espíritu monástico. Francisco, afligido con este desórden, dirigió sus quejas á Roma, y Paulo V le dió la mision de que se trasladase él mismo á la abadía, y que llevase á cabo su reforma.

El sábio reformador, deseoso de no herir susceptibilidades, empezó por pedir el consentimiento al abad de Savigny, de quien dependia el monasterio, para hacer las reformas que juzgase necesarias; y provisto de estos documentos, partió para Talloires (2). Llegado al convento, se presentó á los religiosos como Vicario y delegado de su abad, encargado para hacer la visita de su casa; les espuso que solo el interés de sus almas le conducia allí; que no podian salvarse sino observando sus votos, ú obteniendo dispensa de estos mismos votos; pero que rehusando la

(1) Fué Obispo de Ginebra, y el mejor historiador de su santo tio mas adelante.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XIX y XX.

Santa Sede inflexiblemente esta dispensa, no les quedaba otro camino de salvacion que volver á someterse á la disciplina regular en toda su integridad. La dulzura de su lenguaje, la suavidad y afecto con que dijo estas cosas, movieron á algunos hasta hacerles derramar lágrimas, y lo que es mejor aún, hasta hacerles aceptar la reforma que iba á proponerles. No sucedió lo mismo con otros que, lejos de someterse, protestaron contra la reforma, declarando públicamente que no querian ninguna innovacion; que al entrar en el monasterio habian quedado comprometidos tan solo á hacer la vida que se hacia entonces; y que no querian imponerse otro yugo. El santo Obispo procuró por todos los medios de la dulzura atraer á los que no querian rendirse. No habiéndolo podido conseguir los dejó separados, reunió á los buenos en particular, les mandó eligieran su prior, y esta eleccion fué conforme á sus deseos: recayó en el Padre de Coëx, religioso edificante, que hacia largo tiempo deseaba la reforma. Dió luego al nuevo elegido reglas de conducta; y creyendo haber hecho bastante por el momento, convencido de que querer instar demasiado seria imposibilitar la empresa, remitió para otro tiempo la terminacion de este negocio, y volvió á Annecy.

Así que los malos religiosos vieron partir al Obispo, levantaron una sedicion en la comunidad contra el nuevo prior; le obligaron á salir del monasterio, y como si deshaciéndose de la cabeza de la casa pudiesen impedir la reforma, tres de los mas determinados fueron á esperarle al dia siguiente por la mañana al salir del asilo donde se habia refugiado, y cada uno le disparó un tiro. Habiendo fallado felizmente las armas, dos de ellos, por temor del terrible castigo que les esperaba, fueron al dia siguiente á echarse á sus pies pidiéndole perdon, deshechos en lágrimas, y rogándole no dirigiera sus quejas al senado de Chambéry, que los sentenciaría en seguida á muerte, sino solo al Obispo de Ginebra, que acogería su arrepentimiento. Se adelantaron ellos mismos y fueron á arrojarse á

los pies del santo prelado, que no pudo contener sus lágrimas, y los perdonó, advirtiéndoles sin embargo el rigor con que los castigaria si no se corregian.

Cuando el Padre de Coëx llegó á su vez para contarle lo ocurrido, no solo le pidió no los delatase á Chambéry, sino que le rogó no les manifestase ningun disgusto. «Es-»tos buenos hijos, le dijo, harán quizás un dia penitencia; »y si no se salvan con nosotros, serán siempre nuestros »amigos.» Entre tanto, como la prudencia en Francisco igualaba á la dulzura, le mandó estar en guardia y no exponerse al peligro: «Porque no se debe, dijo, ir á buscar »el martirio entre nuestros enemigos.» Y como la dilacion de la reforma en estas circunstancias hubiera podido revelar el temor, alentar á los rebeldes y hacer fracasar la empresa, reclamó la intervencion del senado de Saboya y el apoyo de la autoridad secular en la ejecucion de la comision que le habia conferido la Santa Sede. Luego, acompañado de uno de los individuos del senado, se dirigió á Talloires, é intimó á los religiosos á que se sometieran á la reforma ó dejaran el convento. A los que prefirieron retirarse, que fueron algunos, les hizo dar pensiones. Abrazó luego con lágrimas de ternura el pequeño rebaño que habia permanecido fiel, los alentó con exhortaciones abrasadas en el celo de la perfeccion religiosa, y despues de haber visitado la iglesia y todo el monasterio, se retiró consolado.

Algunos dias despues, el Padre de Coëx le rogó le enviara por escrito los consejos que le pareciesen necesarios para dirigir bien su comunidad, lo que se apresuró á hacer en una carta (1), en que le recomienda proceder con mucha humildad, paciencia, longanimidad y dulzura; sin querer que desde los primeros dias todo el mundo sea perfecto, sino sabiendo esperar y tolerar, formar á los religiosos en la modestia exterior, «lo que, dice, es un me-»dio poderoso para hacer mucho bien,» en la práctica de

(1) Carta CLXVIII.

la oracion y del exámen de conciencia, en la obediencia y en la Comunion todas las semanas, y despues de algunos detalles sobre el vestido y el lecho, termina como habia empezado, esto es, recomendándole la leche y la miel de la dulzura. Estos sábios consejos produjeron su fruto, pues la disciplina regular floreció bien pronto en esta santa casa; y santos religiosos esparcieron tanto fuera como dentro el buen olor de las mas puras virtudes, hasta el punto de que el santo Obispo decia de ellos, que necesitaban mas de brida que de espuela, y que estaba tentado á reformar la reforma. «Haceis demasiado, les decia; es preciso hacer vida que dure; lo violento no es duradero, se debe avanzar dulcemente, y no caminar con un fervor inconsiderado.»

Mientras que la Saboya contemplaba con veneracion á su Obispo ocupado en tantas buenas obras, París admiraba el brillo precoz del talento en un joven predicador de veinticinco años, Monseñor de Camus, quien por sus relaciones con el santo Obispo de Ginebra y por los rasgos encantadores que de él se han conservado, ha sido colocado despues en el número de los hombres célebres. Enrique IV, que tenia siempre los ojos fijos en el mérito para honrarlo, no esperaba mas que una ocasion para colocar á esta brillante luz sobre el candelabro. Pronto se le presentó, pues acabando de vacar el obispado de Belley, nombró al Señor Camus para esta silla, aunque sin tener aún la edad requerida por el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I, porque esa edad era la de veintisiete años cumplidos, y apenas tenia veinticinco; pero la Santa Sede, informada por el dictámen favorable de varios cardenales y otros grandes personajes, concedió la dispensa necesaria. El nuevo electo no tardó en elegir á su consagrante, rogando á San Francisco de Sales fuera á celebrar la ceremonia en la catedral de Belley (1). El santo prelado, siempre dispuesto á complacer, se rindió á la invitacion, y en-

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. I, sect. XII.

contró en el jóven Obispo piedad, celo, ciencia y talento, pero sobre todo un corazon amante, una cortesía llena de miramientos y delicadas atenciones; y esto era mas que suficiente para ganar el corazon del Obispo de Ginebra. El Señor de Camus, por su parte, se consideró feliz por tener tan cerca, y por decirlo así á sus puertas, un amigo tan precioso y un maestro tan hábil; y desde este dia la mas cordial union se estableció entre los dos prelados. El Obispo de Belley amaba al Obispo de Ginebra como á su padre, á su guia, á su modelo; y este á su vez amaba á Monseñor de Camus como á su hijo. No se crea por esto que el jóven prelado fuese irreprochable, pues unia á sus bellas cualidades grandes defectos. El primero era una imaginacion ardiente y desordenada, que le arrebatava con frecuencia fuera de los límites de la prudencia, le hacia faltar á la moderacion, al tacto y al buen juicio; y cuando una vez abrazaba una idea la proseguía á toda costa, sin calcular las consecuencias de su acalorada impetuosidad. Esto es lo que esplica tantos escritos violentos en los que, confundiendo la cosa con el abuso de ella, ataca sin consideracion á las instituciones mas dignas de respeto. El segundo defecto era una afectacion de saber y de inteligencia brillante que perjudicaba á su talento natural, y que producía esa exuberancia de imágenes y metáforas que abundan en sus escritos, así como esa multitud de obras sepultadas despues en el olvido. Pero estos defectos no disminuian en nada la amistad de Francisco de Sales, ya porque su caridad los cubriese con un velo, ya porque los mirase como debilidades humanas, que se lisonjeaba de poder curar á fuerza de buenos consejos.

Apenas volvió Francisco á Annecy, cuando recibió la orden de Enrique IV para dirigirse á Gex, y conferenciar con el Baron de Luz, comandante general del Rey en Borgoña, sobre medidas importantes relativas al restablecimiento de la religion católica en este país. El apóstol partió al punto escoltado de doce personas, de las que creía debia hacerse acompañar. Llegados á la orilla del Ródano,

que era preciso atravesar para entrar en el distrito de Gex, lo encontró tan crecido con las lluvias que le hacian desbordarse por todas partes, tan agitado y rápido en su curso, que ningun piloto se atrevia á arriesgar su nave al furor de las espumosas é irritadas olas. Cerrado este camino, no le quedaba otro que el del puente de Ginebra; pero atravesar esta ciudad era entregarse en manos de enemigos encarnizados que no buscaban mas que la ocasion de tenerle entre sus manos, para vengar los daños que habia causado con su celo á la herejía.

Asustados con un peligro tan manifesto, todos los de la comitiva, y sobre todo el señor de Chambes, cura de Ville-en-Salaz, le aconsejaron esperase á que el Ródano estuviera navegable, antes que esponerse á una muerte casi cierta. Pero se trataba de los intereses sagrados de la religion, que una demora podia comprometer, y en presencia de este peligro superior á cualquier otro, los consejos tímidos no le detenian. En esta perplejidad consultó á Dios por medio de la oracion, y partió para San Julian, pequeña ciudad poco distante de Ginebra. Allí ofreció el santo sacrificio, para implorar las luces del Espíritu Santo sobre una cuestion tan delicada, diciendo con su amable alegría: «Nuestros ciudadanos de Ginebra no quieren oír Misa, y yo quiero llevarles una ya dicha.»

Despues de la consagracion, habiéndose detenido algunos instantes en silencio con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento, se sintió de repente decidido; todos los de su comitiva espermentaron una disposicion semejante, y sin haber hablado entre sí, todos llenos de valor y de resolucion se dijeron en el fondo de su corazon, que era necesario pasar por Ginebra. Concluida la Misa les dijo con un tono lleno de seguridad: «Vamos al cuidado de Dios, que »hará de nosotros lo que quiera.—Pero al menos, le dijeron, debeis disfrazaros y pasar de *incógnito*.—No, contestó, no debemos avergonzarnos de llevar la librea de Jesucristo, y el pastor que va á buscar á sus ovejas no debe »ocultarse de ellas.—En fin, le replicaron, ¿cómo debere-

»mos anunciarnos á la centinela que pregunta á las puertas de la ciudad el nombre de los que entran, pues si se »os nombra con el título de vuestra silla ó de vuestra familia, sereis infaliblemente detenido?—Pues bien, contestó me llamis el Obispo de la diócesis.» Al presentarse los viajeros en efecto á las puertas de la ciudad, el Obispo con su traje morado y doce hombres á caballo á su lado, el oficial de la guardia preguntó á uno de ellos el nombre del señor á quien acompañaban: «Es el Obispo de la diócesis, contestó este con una voz firme.—¿De la diócesis?» contestó el oficial sorprendido, no conozco ese pais.» Sin embargo, escribió con mucha gravedad en el registro. «Hoy ha pasado el Obispo de la diócesis,» y dejó luego entrar al santo Obispo, que atravesó toda la ciudad con el traje morado, hasta la parte opuesta del lado de Gex, sin que nadie se imaginara que era él. Llegado á esta puerta, habiéndola encontrado cerrada á causa de la plática que habia entonces, descansó tranquilamente en una hosteria inmediata con los suyos, y cuando, despues de esperar una hora, la abrieron, volvió á montar á caballo con toda su comitiva, salió de Ginebra y llegó con toda felicidad á Gex (1).

Los ginebrinos no tardaron en saber quién era este Obispo de la diócesis que habia atravesado la ciudad. Furiosos por haber perdido tan buena ocasion de apoderarse del enemigo declarado de su religion, y más avergonzados aún por haberse dejado engañar así, procuraron contestar á las burlas generales de que fueron objeto con escritos que tenian esta divisa: «¡Qué vuelva!» y juraron que si hubieran podido cogerle, le hubieran cortado la cabeza en la plaza de Molarel, donde, con la fuerza de sus razones, habia vencido en otro tiempo á los ministros. «¡Ah! dijo »el Obispo cuando le refirieron esto, bien lo quisiera, este »habia de ser el precio de su conversion; pero una vez

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. I, sec. XIV.—Dep. de M. Favre, que fué el mismo que contestó al oficial.—De Maupas, p. 297.

»que mi vida les es inútil, ¿qué podrían ganar con mi muerte?» (1)

Admirado, como todo el mundo, de una expedición tan arriesgada, el Barón de Luz, á la llegada de Francisco, no pudo contener el espanto que le inspiraba el peligro de que acababa de escapar. «¿No temíais, dijo al santo Obispo, caer en manos de esos malvados? ¡Oh Dios! si os hubiesen hecho algun mal, estaban perdidos, pero nosotros lo estábamos tambien.—¿Y que podrían hacerme? contestó Francisco con su dulzura y serenidad acostumbrada. ¿Acaso matarme? ¿Y qué bien les resultaría de ello? ¿Hacerme prisionero para obligarme á hacer algunas concesiones con detrimento de la religion católica? Nunca hubieran obtenido de mí el abandono de uno solo de los derechos de la Iglesia. Confiaba en Dios, por cuya gloria me esponía, y me ha librado de sus manos.»

Dios bendijo el celo del santo Obispo por el feliz éxito con que lo coronó, pues de concierto con el Barón de Luz, hizo tomar Francisco á los católicos ocho iglesias parroquiales de que se habian apoderado los protestantes, atrajo muchos herejes con sus sermones y conferencias, y aun tuvo valor de escribir á los ministros de Ginebra, que estaba pronto á volver á su ciudad si querian aceptar una discusion pública sobre la religion; proposicion que eludieron como antes, alegando frívolos pretextos. Tantos trabajos le ocasionaron una fiebre de la cual no hizo caso alguno, continuando el curso de sus tareas hasta que se terminaron los negocios que le habian llevado á Gex; despues de lo cual se dirigió al castillo de Monthelon, cerca de Autun, donde bendijo el casamiento de su hermano Bernardo, Barón de Thorens, con la hija mayor de la Señora de Chantal, volviendo en seguida á Annecy.

No bien llegó á esta ciudad, cuando supo las pérdidas intenciones que habian supuesto sus enemigos á sus conferencias con el Barón de Luz, así como á su viaje á Bor-

(1) Dep. de la Santa Madre de Chaugy.

goña. Convirtiendo en crimen de Estado un acto de celo, decian que la Francia tenia designios sobre Ginebra, y se entendia con él para su ejecucion; que le habia enviado á tratar con los principales habitantes de la ciudad, donde por espacio de una hora entera habia discutido, con las puertas cerradas, las condiciones del contrato; y fundaban la calumnia tan solo en que de otro modo no se hubiera atrevido, decian, á atravesar sin salvo-conducto, sin disimular su título de Obispo ni dejar su traje, una ciudad enemiga declarada de su nombre y de su carácter, donde ninguno de sus predecesores habia vuelto á entrar despues que los habian arrojado de ella (1).

El santo Obispo hubiera despreciado esta fábula, si el Duque de Saboya no la hubiese creído; pero cuando supo que la deba crédito se sintió profundamente afligido, y se apresuró á escribirle para refutar la acusacion. «He quedado muy admirado al saber esta impostura, le dice (2), porque en mi viaje, no me he ocupado mas que de lo que toca á mi ministerio. Nunca me he permitido ni me permitiré contra el servicio de Vuestra Alteza, ni un paso ni un pensamiento siquiera..... Además, los negocios de estado no son de mi agrado, ni hablo de ellos sino contra mi inclinacion y solo involuntariamente vienen á mi pensamiento, teniendo bastante con mi ministerio para ocuparme en él por completo.» Enviada esta justificacion, el santo Obispo quedó tranquilo, dejando al tiempo y á la providencia de Dios, el cuidado de aclarar su inocencia y de descubrir la verdad. «No me preocupa este asunto, escribia á un amigo suyo (3), lo mas mínimo; no he dado motivo de desconfianza; los que me conocen saben que no sirvo ni para la intriga ni para los manejos diplomáticos, y que ejecuto mil actos de valor solo por mi confianza en Dios..... Mis calumniadores no pueden concebir

(1) Carta CLXXXVI.

(2) Carta CLXXXV.

(3) Carta CXXXVII.